

Viajé al fondo de Cuervo

Galia Ospina Villalba
Universidad Jorge Tadeo Lozano
Bogotá, Colombia
galia.ospina@gmail.com

Viajé al fondo de Cuervo¹ en la Biblioteca Nacional de Colombia. Lo primero que me cautivó fue su biblioteca personal. Delirante. En un ingenioso ensamblaje los libros asendían como el tronco de un árbol con fuertes raíces y generosas arborescencias. Recuerdo ahora las palabras del poeta Jonh Donne: “Todo hombre es un libro cuando muere / Un capítulo no es sacado del libro / sino traducido a una lengua mejor / y cada capítulo debe estar bien traducido, / Dios emplea varios traductores, / unos traducidos con los años, / por la enfermedad, / por la guerra, / otros por la justicia, / pero la mano de Dios unirá las hojas de nuevo, / para esa biblioteca / Donde los libros yacerán abiertos unos con otros”. Rufino quiso unir todas las hojas del árbol del lenguaje en el *Diccionario de construcción y régimen*. Llegó hasta la letra “D”. Él sabía que “las lenguas están siempre

en perpetuo movimiento de transformación (...) En este concepto las lenguas tienen historia, y para conocerlas de raíz lo pasado ha de ser clave del presente” (“Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano”, 1867). Las palabras se renuevan como el agua, están demasiado vivas, y como las mariposas, se hace difícil y dispendiosa su clasificación. Rufino es un cazador. Como la araña añade un hilo a otro para tejer su red y atrapar a la presa más esquivada.

En 1868 decide montar la primera cervecería artesanal. Con el dinero recaudado emprende un viaje con su hermano Ángel Cuervo a París. Él era aventurero y un gran escritor. Dejó tras de sí una auténtica joya literaria: “Curiosidades de la vida en París”. Rufino, por su parte, nunca se casó y prefirió dedicar toda su vida a la investigación. Es notable también su estudio de las lenguas indígenas. En una carta a Emilio Teza le escribió: “Los

¹ José Rufino Cuervo (1844 – 1911), filólogo, humanista y erudito colombiano.

libros son como el agua, se meten por debajo de la tierra, y aparecen donde uno menos se lo figura”.

Ya finalizando el recorrido me siento atraída hacia la obra “30 días”, del artista Juan Mejía. Es un nuevo esfuerzo por clasificar las palabras. Ellas también pueden formar imágenes y caer como copos de nieve. Su trabajo me recuerda la poesía concreta de los años cincuenta que se dio en Brasil y Suiza.

Fernando Vallejo, quien escribió “Logoi”, reconoce que le debe su amor a las palabras a Don José Rufino Cuervo. No en vano le acaba de dedicar una biografía que titula “El cuervo blanco”. En “Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano”, Cuervo escribe:



“(…) quien osa tratar puntos muy altos debe tener muy alta ilustración, y apenas se concibe ésta sin estudios literarios, esmalte y perfume de todas las facultades”. Y es que aventurarse en el fondo del lenguaje es rescatar perlas escondidas y resplandores del pasado, el presente y el porvenir. La lengua por naturaleza es política y permite ingresar a los círculos del poder.

Don Rufino: Gracias por su piedra de la locura y la lucidez. Me alegra que mis jóvenes estudiantes de la Universidad Jorge Tadeo Lozano hayan vislumbrado sus batallas. Usted me recuerda las palabras de

Johann Peter Eckermann:

“Que cada paso sea una meta, sin dejar de ser un paso”. Gracias, muchas gracias, Cuervo Blanco.